



# WILLIAM GURNALL

**POR J. C. RYLE**

"Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió" (Hebreos 10:23).

**IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA**

## William Gurnall



William Gurnall, rector de Lavenham, en Suffolk, y autor de "El cristiano con la armadura completa", es un hombre sobre el que el mundo posee muy poca información. Tal vez no haya ningún escritor que haya dejado un nombre tan familiar para todos los lectores de teología puritana, pero de cuya historia personal se sepa tan poco. Excepto los tres hechos, que fue un divino puritano del siglo XVII, - que fue Ministro de Lavenham, - y que escribió un conocido libro de divinidad práctica, la mayoría de las personas no saben nada de William Gurnall.

Esta escasez de información sobre un hombre tan bueno parece a primera vista extraordinaria e inexplicable. Nacido, como lo fue, en una ciudad portuaria de no poca importancia, hijo de padres que ocupaban una posición prominente en la ciudad, educado en Cambridge, en uno de los colegios más conocidos de la época, contemporáneo de los principales teólogos de los tiempos de la Mancomunidad, ministro de la iglesia más grande de West Suffolk durante un período ininterrumpido de treinta y cinco años, autor de una obra que, desde su primera aparición, fue eminentemente popular, Gurnall es un hombre, naturalmente pensamos, del que se debería saber más. ¿Cómo es que no se sabe más? ¿Cómo se explica que no aparezca en los escritos biográficos de su época?

Creo que estas preguntas admiten una respuesta muy sencilla. Esa respuesta se encuentra en la línea de conducta que Gurnall siguió en el año 1662, cuando se aprobó la desafortunada Ley de Uniformidad. No se separó de la Iglesia de Inglaterra. No fue uno de los famosos dos mil ministros que renunciaron a sus privilegios el día de San Bartolomé y se convirtieron en no conformistas. Conservó su puesto y continuó siendo rector de Lavenham. Puritano como era indudablemente, tanto en doctrina como en práctica, no hizo lo que muchos de sus hermanos hicieron. Cuando Baxter, Manton, Owen, Goodwin y otros gigantes de la teología se separaron de la Iglesia de Inglaterra, Gurnall se mantuvo firme y se negó a moverse. No actuó con el partido con el que generalmente había actuado, y se quedó atrás.

El resultado de esta línea de conducta puede imaginarse fácilmente. Independientemente de las opiniones que podamos tener sobre la conformidad de Gurnall, todos debemos admitir que no era probable que el curso que tomó lo convirtiera en favorito de ninguno de los dos grandes partidos religiosos en los que Inglaterra estaba dividida en ese momento. Un neutral nunca es popular en una

época de luchas y controversias. Ambos bandos sospechan de él. Cada parte se ofende con él por no poner su peso en la balanza. Esta, sospecho, era precisamente la posición de Gurnall. Su doctrina era puritana, pero se adhirió firmemente a la Iglesia de Inglaterra. Era ministro de la Iglesia de Inglaterra y, sin embargo, un puritano cabal tanto en la predicación como en la práctica. De hecho, era el hombre perfecto para ser odiado y menospreciado por ambos bandos.

Lanzo la conjetura que he hecho con considerable desconfianza. Sin duda, no es más que una conjetura. Pero me fijo en el hecho general de que los escritores biográficos que se han ocupado de la época de Gurnall, han hecho la crónica de decenas de nombres de mucho menos peso que el suyo, y se han negado a decir una palabra sobre el autor de "El cristiano con la armadura completa". Calamy, Clarke, Neal y Brooke han escrito cientos de páginas sobre hombres por los que el mundo no se preocupa ahora, pero ni una página sobre Gurnall! Dejo que otros ofrezcan una mejor explicación de este hecho, si pueden. Debo permitirme mantener mi convicción de que sabríamos mucho más sobre Gurnall si no se hubiera sometido al Acta de Uniformidad en 1662 y hubiera conservado el púlpito de la iglesia parroquial de Lavenham.

Proporcionar una historia correcta de este buen hombre y de su época es el objetivo de la biografía que estoy escribiendo ahora. Desde que leí "El cristiano con armadura completa" he sentido que el autor de ese libro era un hombre cuya vida debía conocerse. Desde el día en que me trasladé a los condados orientales y me convertí en titular de Suffolk, me he propuesto estudiar las vidas de los eminentes teólogos de Suffolk. Ninguno de ellos parece merecer tanto salir del inmerecido olvido como Gurnall.

Casi la única fuente de información sobre Gurnall que poseemos ahora es un pequeño volumen, publicado en 1830, por un escritor llamado M'Keon, titulado "An Inquiry into the Birthplace, Parentage, Life, and Writings of the Rev. William Gurnall (Investigación sobre el Lugar de Nacimiento, Filiación, Vida y Escritos del Reverendo William Gurnall), Anteriormente Rector de Lavenham, en Suffolk, autor de 'The Christian in Complete Armour'". Este libro se imprimió y publicó para el autor en Woodbridge, Suffolk, y no en Londres. Quizá se deba a esta circunstancia el hecho de que parezca haber llamado poco la atención y de que haya llegado a ser relativamente desconocido.

El Sr. M'Keon era un habitante de Lavenham, y probablemente podría proporcionar información sobre Gurnall, si es que alguien pudiera. Era, sin duda, un hombre meticuloso y un anticuario de considerable investigación. Su exactitud y cuidado son dignas de elogio. Apenas hay una sola fecha o hecho en su libro que no me haya tomado la molestia de verificar indagando e investigando; y apenas hay una, me siento obligado a decir, en el que me haya encontrado equivocado. Pero no se puede decir que su "Investigación" esté escrita en un estilo popular y atractivo.

En la recopilación de hechos tuvo mucho éxito; en la organización y exposición de los mismos al público lector, sin duda creo que fracasó.

Sin embargo, cualesquiera que sean los defectos del libro del Sr. M'Keon, es sin duda el único intento de relato sobre Gurnall que ha existido hasta ahora. Es cierto que el amigo y vecino de Gurnall, el conocido comentarista Burkitt, predicó un sermón fúnebre, pero la información que contiene es comparativamente muy escasa. Por lo tanto, debo confesar francamente que estoy en deuda con el trabajo del Sr. M'Keon por la mayor parte de los hechos sobre Gurnall que he reunido en las páginas siguientes. He tratado de reordenar estos hechos. Me he esforzado por presentarlos al lector de una forma atractiva, ilustrándolos con algunas luces cruzadas de la historia de los tiempos de Gurnall. He añadido algunos datos que el Sr. M'Keon probablemente no pudo obtener. Pero creo que es justo afirmar que el libro del Sr. M'Keon es la principal mina de la que se ha extraído el relato biográfico de Gurnall que ahora se presenta al lector. Si he añadido algo de interés a su obra, ha sido casi siempre siguiendo las pistas que su volumen indicaba o ponía en mis manos.

William Gurnall nació en Lynn, en el condado de Norfolk, en el año 1616, y fue bautizado en la iglesia de Santa Margarita de esa ciudad, el 17 de noviembre de 1616. Su padre y su madre se casaron en la iglesia de Santa Margarita el 31 de diciembre de 1615, por lo que el objeto de estas memorias es el hijo mayor de ambos.

A menudo se ha observado que las madres de los grandes hombres, y especialmente de los grandes teólogos, se han destacado por su mente poderosa y su fuerza de intelecto. Como regla general, se ha descubierto que las madres influyen en el carácter de los hijos mucho más que los padres. Desgraciadamente, no podemos juzgar hasta qué punto esto fue cierto en el caso de Gurnall. Sólo sabemos que el nombre de soltera de su madre era Catherine Dressit y que, con toda probabilidad, era natural de Lynn.

Gregory, el padre de William Gurnall, parece haber sido uno de los principales habitantes de Lynn. En cualquier caso, era concejal de su ciudad natal el año en que nació su hijo, y fue alcalde del municipio ocho años después, en 1624. El hecho de que su hijo muriera poseyendo ciertas propiedades en Walpole, una parroquia rural no lejos de Lynn, hace muy probable que Gregory Gurnall fuera propietario de tierras. Pero tampoco sobre este punto se sabe nada con certeza.

El Sr. Hankinson, que fue rector de St. Margaret's, Lynn, me informó de que, por lo que él sabe, el nombre "Gurnall" ya no se conoce en Lynn. Pero dice que el nombre "Curling" no es infrecuente, y que tiene pocas dudas de que originalmente fuera "Gurnal". Y añade: "Encuentro una inscripción de bautismo en 1799, donde el

nombre es "Gurnell o Gurling"". En Suffolk, los nombres de "Girling" y "Grinling", como me consta por el registro parroquial de Stradbroke, son muy comunes.

Gurnall tuvo la desgracia de perder a su padre cuando sólo tenía quince años. Su muerte consta en el registro de St. Margaret's, Lynn, como acaecida el 14 de octubre de 1631. Fue enterrado en la iglesia de St. Margaret, y se erigió una tumba en su memoria, con una curiosa inscripción. Esta tumba ya no existe, ya que la aguja de la iglesia de St. Margaret fue derribada por un violento huracán en el año 1741 y, al caer sobre el cuerpo de la iglesia, destruyó una gran parte del edificio. La Historia de Lynn de Mackerell, publicada unos cuatro años antes del huracán, recoge la inscripción. Si los epitafios tuvieran algún valor, el lenguaje del epitafio de Gregory Gurnall podría llevarnos a la conclusión de que era un hombre piadoso. Pero, por desgracia, es bien sabido que no siempre se puede confiar en las lápidas.

No hay pruebas de cuánto tiempo sobrevivió la madre de Gurnall a su padre. M'Keon conjetura que se casó de nuevo. Es ciertamente un hecho curioso que Burkitt, el comentarista, en su sermón fúnebre sobre William Gurnall, utilice el siguiente lenguaje: "¡Cuán grande era el tributo de veneración y respeto que rendía constantemente a las canas de sus ancianos padres!". Teniendo en cuenta que su padre murió cuando él sólo tenía quince años, estas palabras difícilmente pueden aplicarse a Gregory Gurnall. Por lo tanto, a menos que la palabra "padres" en el sermón de Burkitt sea un error de imprenta por "progenitor", parece una idea muy probable que la madre de Gurnall se casara de nuevo, y que él tuviera un padrastro amable y cariñoso. Pero no sabemos quién era ni cuánto tiempo vivió su madre.

Los primeros quince años de la vida de Gurnall parecen haber transcurrido en Lynn, su ciudad natal. En cualquier caso, no hay duda de que fue educado en la Free Grammar School de esa ciudad hasta el momento en que fue a Cambridge. Así consta en los libros de la escuela.

Los primeros quince años de vida tienen a menudo tanto peso en la formación del carácter de un hombre, que sería muy interesante averiguar las influencias bajo las que William Gurnall pasó sus primeros años. Desgraciadamente, no disponemos de material para ello. Ambrose Fish fue nombrado maestro de la Lynn Grammar School en 1626, en sustitución de Mr. Robinson, ya fallecido, y Robert Woodmansea fue nombrado maestro en 1627. Pero no sabemos nada de estos hombres. Sólo puedo señalar dos cosas que me parecen merecedoras de atención.

Por un lado, probablemente podamos rastrear hasta Lynn las predilecciones y opiniones puritanas de Gurnall. Lynn era una de las principales ciudades del distrito más protestante de Inglaterra en el siglo XVII. En tiempos de la reina María y de Isabel, los habitantes de Norfolk y Suffolk eran famosos por su profundo apego a las doctrinas de la Reforma. En la época de los Estuardo y la Mancomunidad no fueron menos famosos por su firme adhesión a los principios puritanos. En ninguna

parte de Inglaterra las opiniones de la Alta Iglesia eran tan desagradables como en la diócesis de Norwich, y en ninguna diócesis los ánimos de la gente estaban tan continuamente exasperados por las vejatorias persecuciones de los no conformistas. Criado en una gran ciudad comercial como Lynn, no podemos dudar de que la atmósfera religiosa en la que se movía el joven Gurnall era esencialmente puritana. Si, como no parece improbable, por comparación de fechas, los famosos John Arrowsmith y Samuel Fairclough eran ministros en Lynn durante la época escolar de Gurnall, obtenemos un rayo de luz adicional arrojado sobre la fuente de sus opiniones doctrinales. Oír predicar todos los domingos a hombres como Arrowsmith y Fairclough, y tal vez ser catequizado solemnemente o examinado por Arrowsmith en ocasiones públicas señaladas, eran precisamente las cosas que podían producir una impresión indeleble en una mente como la de Gurnall.

Samuel Fairclough nació en Haverhill en 1594 y fue educado en el Queen's College de Cambridge. Fue nombrado profesor en Lynn por el alcalde y los concejales en 1619, y continuó allí, según Samuel Clarke, que da una larga y muy interesante descripción de él, "durante algún tiempo". La oposición y persecución de Harsnet, obispo de Norwich, le obligaron a renunciar a esta cátedra. Posteriormente fue profesor en Clare, en Suffolk, y luego fue nombrado rector de Kedington, por Sir N. Barnardiston. Renunció a este cargo en 1662, a causa del Acta de Uniformidad. Murió retirado en 1677, a la edad de 84 años. Aunque era un hombre retraído, y no se le conoce por ningún escrito, parece haber sido un hombre de dones y gracias singulares. Hay una lápida interesante en la iglesia de Heveningham, erigida por su hija, esposa del Sr. Jones, rector de Heveningham. Vivió dos años en Heveningham, pero murió en Stowmarket.

Por otra parte, probablemente debemos a la temprana residencia de Gurnall en Lynn su notable familiaridad con el mar, los marineros y la navegación. En una ocasión me intrigaba saber por qué las ilustraciones náuticas aparecen con tanta frecuencia en sus escritos. No me sorprendió encontrar a un autor como Gurnall, que se deleitaba con las ilustraciones, poniendo a su servicio todo lo que había en la ciudad y en el campo. Podía entender al hombre que fue rector de una ciudad de Suffolk durante treinta y cinco años, haciendo comparaciones de tiendas, granjas, calles, campos, caballos, ganado, maíz, hierba y flores. Podía entender al ministro que vivió las sangrientas guerras de los tiempos de la Mancomunidad utilizando abundantes imágenes de los hábitos de los soldados y del campo de batalla. Pero nunca pude entender la familiaridad de Gurnall con el mar y la navegación, hasta que descubrí que había nacido y crecido en Lynn, y que sabía bien lo que era la vida de un marinero. Había visto las embarcaciones de aspecto pintoresco que se dedicaban al cabotaje en Lynn.

Sin duda había hablado con marineros que le habían contado los peligros del "Wash", la costa de Lincolnshire, las arenas de Norfolk y el viaje al Humber. De ahí sus ilustraciones náuticas en el púlpito de Lavenham. ¡Cuán cierto es que todo

conocimiento es útil para un ministro de Cristo! El hombre de Dios hace que todo lo que ha visto sea útil a la causa de su Maestro.

Lo siguiente que sabemos de Gurnall es su relación con Cambridge como pensionista del Emmanuel College. Parece ser que la Corporación de Lynn tenía dos becas en Emmanuel, relacionadas con la Escuela de Gramática de la ciudad. En diciembre de 1631, poco después de la muerte de su padre, la corporación concedió a Gurnall una de estas becas. Un corresponsal de M'Keon, en Lynn, dice: "He descubierto, consultando los libros de la Corporación, que el 2 de diciembre de 1631, William Gurnall, hijo de Gregory Gurnall, concejal de la ciudad, recientemente fallecido, y uno de los alumnos de la escuela de Lynn, fue nombrado para una de las becas del Emmanuel College de Cambridge, llamada beca de Lynn o beca de Mr. Titley's Scholarship; y que el 11 de junio de 1632, la nominación, fechada el 29 de marzo pasado, recibió el sello de la Corporación".

De la historia de Gurnall durante su residencia en Cambridge no sabemos literalmente nada, a excepción de los siguientes hechos escuetos. Los libros del College registran que William Gurnall, pensionista, de Norfolk, fue admitido el 29 de marzo de 1632, fue B.A., 1635, y M.A., 1639. Es cierto que nunca fue elegido miembro de su Colegio, y como la beca Lynn sólo era sostenible durante siete años, es muy probable que dejara de residir en Cambridge en el año 1639, cuando obtuvo su título de M.A., y no recibió más ayuda de su beca.

Sería, sin duda, muy interesante, si supiéramos algo de la historia de Gurnall durante los siete años de su vida universitaria. El carácter de un joven se forja generalmente para toda la vida durante el período comprendido entre los dieciséis y los veintitrés años, y el autor de "El cristiano con la armadura completa" probablemente no fue una excepción a esta regla. ¿Quiénes fueron sus amigos y compañeros? ¿Quiénes fueron sus tutores y profesores? ¿Era aficionado a la lectura? ¿Con quién paseaba y conversaba? ¿Qué grandes predicadores escuchó en el púlpito de la Universidad? ¿Cuáles eran sus hábitos y ¿Cómo empleaba su tiempo? ¿Qué partido tomó en las grandes controversias de la época? Todas estas son preguntas cuya respuesta sería muy agradable. Las respuestas arrojarían mucha luz sobre muchos pasajes de su vida posterior y de sus escritos. Pero, desgraciadamente, no las tenemos. La única luz que podemos arrojar sobre la vida universitaria de Gurnall consiste en unos pocos datos sobre su universidad y el estado general de Inglaterra entre 1632 y 1639.

El colegio al que pertenecía Gurnall siempre fue famoso en el siglo XVII por sus tendencias teológicas. Era eminentemente un colegio puritano.

Sir Walter Mildmay, de Chelmsford, en Essex, fue el fundador del Emmanuel College, e incluso desde su fundación en 1585, parece haber sido notorio su apego a los principios puritanos. Fuller, en su Historia de Cambridge, relata que cuando

"Sir Walter Mildmay llegó a la Corte, poco después de haber fundado su Colegio, la Reina Isabel le dijo: 'Sir Walter, he oído que ha erigido una fundación puritana'. No, señora', dijo él, 'lejos de mí consentir nada contrario a vuestras leyes establecidas; pero he plantado una bellota que, cuando se convierta en roble, sólo Dios sabe cuál será su fruto'. Estoy seguro (añade Fuller, escribiendo hacia 1650) de que en la actualidad ha eclipsado a toda la Universidad, ya que más de la mitad de los actuales Maestros de Colegios se han criado en ella".

El número de destacados teólogos del siglo XVII que se educaron en el Emmanuel College de Cambridge es ciertamente extraordinario. Además del obispo Hall y el obispo Bedell, encontramos en la lista de sus miembros los nombres de Stephen Marshall, Jeremiah Burroughs, Thomas Sheppard, Thomas Hooker, Ezekiel Culverwell, Ralph Cudworth, Samuel Croke, John Cotton, John Stoughton, Anthony Burgess, Laurence Chaderton, John Preston, Anthony Tuckney, Lazarus Seaman, Matthew Poole, Samuel Clarke, Ralph Venning, Thomas Watson, Stephen Charnock, William Bridge, Peter Sterry, Samuel Cradock. Cualquiera que esté familiarizado con la divinidad puritana verá a simple vista que este catálogo abarca los nombres de algunos de los más eminentes escritores puritanos. Algunos de ellos, sin duda, fueron contemporáneos y compañeros de estudios del propio Gurnall.

Gracias a las indagaciones que he realizado, he logrado obtener cierta información sobre el Emmanuel College entre los años 1632 y 1639, que creo que no carecerá de interés para todos los admiradores de Gurnall. En cualquier caso, mostrará quiénes estaban en Emmanuel cuando él estuvo allí, como estudiante y como graduado, y con qué tipo de mentes estaba asociado.

Los Maestros de Emmanuel en tiempos de Gurnall eran (1) William Sancroft, tío del Arzobispo, que ocupó el cargo de 1628 a 1637; y (2) Holdsworth, que ocupó el cargo de 1637 a 1645, cuando fue expulsado por el Conde de Manchester. Fue un celoso defensor del Rey, y le asistió durante su confinamiento en la Isla de Wight, y poco después, según Neal, murió de pena.

La razón por la que Gurnall nunca fue elegido miembro de su Colegio fue probablemente, si se me permite aventurar una conjetura, el alto carácter y los logros de sus competidores. Según los libros de Emmanuel, Ralph Cudworth fue elegido miembro en 1639, Worthington (más tarde Maestro de Jesús) en 1641 y Sancroft (más tarde arzobispo de Canterbury) en 1642.

Los miembros de Emmanuel entre 1632 y 1639 fueron los siguientes: - Walter Foster, Richard Clarke, John Ward, Thomas Ball, Ezekiel Wright, Thomas Hill Nicholas Hall, William Bridge, Samuel Bowles, Henry Salmon, David Ensigne, Anthony Burgess, Thomas Holbeck, Thomas Horton, Malachi Harris, R. Sorsby, Benjamin Whiehcot, John Henderson, John Almond, R. Weller, Peter Sterry, Laurence Sarson, John Saddler, Ralph Cudworth.



"Todos los Becarios", dice un miembro de Emmanuel, "parecen haber sido tutores en su día, aunque algunos tuvieron más alumnos que otros. Por lo que nuestros libros nos permiten inferir, Hill, Hall, Burgess, Holbeck, Ensigne, Salmon, Whiehcot, todos parecen haber sido los tutores más populares en su época. No tenemos libros de tutores que nos digan bajo quién fue admitido Gurnall".

Cuando añadido a la información anterior el hecho de que Horrox, el astrónomo, fue admitido en Emmanuel en 1632, el mismo año que Gurnall, y que el arzobispo Sancroft, famoso no juramentado, fue admitido en 1633, habré agotado toda la información que he podido reunir sobre la vida de estudiante de Gurnall y sus contemporáneos.

Siete años pasados en un colegio como Emmanuel no podían dejar de tener un efecto en la mente de Gurnall. Criado desde su niñez en Lynn para honrar y reverenciar a los puritanos como la excelencia de la tierra, y formado después en un colegio donde toda la atmósfera era peculiarmente puritana, habría sido realmente extraño que Gurnall hubiera crecido sin decididas opiniones puritanas.

El estado de Inglaterra durante los siete años de vida universitaria de Gurnall fue muy peculiar. Era la crisis del turbulento período entre la Reforma y los tiempos de la Mancomunidad. El suicida y ciego desgobierno de Carlos I estaba allanando rápidamente el camino para la destrucción del trono. Las indisimuladas tendencias romanistas y las amargas persecuciones del arzobispo Laud y sus colaboradores estaban haciendo lo mismo con la Iglesia de Inglaterra. De un extremo a otro del país había descontento, murmuraciones, controversias, amargura y espíritu partidista. Por todas partes había síntomas de una ruptura inminente o de un conflicto violento, tanto en la Iglesia como en el Estado.

Cambridge, no lo dudemos, tuvo su parte de todos los problemas e incomodidades de este tormentoso período. El siguiente pasaje de la Historia del Cambridge, de Fuller, relata cosas que sucedieron allí en 1632, el mismo año en que Gurnall ingresó en Emmanuel, cosas que, sin duda, vio con sus propios ojos y oyó con sus propios oídos: -

"Este año", dice Fuller, "un divino serio, predicando ante la Universidad en Santa María, tenía el siguiente texto en su sermón: así como en los juegos olímpicos se consideraba vencedor al que podía conducir las ruedas de su carro lo más cerca posible de los límites, pero sin pisarlos, ni cruzarlos, así aquel que en sus sermones podía predicar cerca del papismo, pero sin ser un declarado papista, era considerado vuestro hombre". Y, de hecho, esta comenzó a ser la queja de la mayoría de los hombres moderados, que muchos en la Universidad, tanto en la escuela como en el púlpito, se estaban acercando a la opinión de la Iglesia de Roma más que nunca.

"El Sr. Bernard, profesor del Santo Sepulcro en Londres, predicó en St. Mary's en la tarde del 6 de mayo, su texto, 1 Sam. IV. 21: 'La gloria se apartó de Israel', etc. Al tratar el tema, dejó caer algunos pasajes que desagradaron a un partido predominante en la Universidad, esto por afirmaciones tales como:

(1) Que las ordenanzas de Dios, cuando se mezclan y adulteran con innovaciones de los hombres, dejan de ser ordenanzas de Dios, y ya no le pertenecen. (2) Que es imposible que alguien se salve, viviendo y muriendo sin arrepentimiento, en la doctrina de Roma, tal como la ha decretado el Concilio Tridentino. (3) Que la traición no se limita a la sangre de la realeza; sino que es traidor contra una nación quien la priva de las ordenanzas de Dios. (4) Que algunos simbolizan vergonzosamente en el error pelagiano y las ceremonias supersticiosas con la Iglesia de Roma. Oremos por los tales para su conversión o para su destrucción, etc.

"El Dr. Cumber, Vicecanciller, dio rápido aviso de esto al Dr. Laud, Obispo de Londres, aunque él (contaba con su aún más rápida inteligencia universitaria) tuvo información de ello antes. Por lo tanto, fue llevado a la Alta Comisión, y se le ofreció una retractación, que se negó a suscribir, aunque si expresó su sincero pesar y penitencia, en su petición y carta al Obispo, por cualquier descuido y expresión impropia en su sermón. Entonces fue devuelto a la nueva prisión, donde murió. Si fue miserablemente maltratado allí por sus guardianes, como algunos han informado, hasta acortarle la vida, Aquel que hace inquisición por sangre, tiene o será vengado por ella".

Recordemos que este deplorable suceso tuvo lugar en 1632, el mismo año en que Gurnall vino a residir en Emmanuel. Podemos imaginar fácilmente el revuelo que causó entre los estudiantes de un colegio puritano. Todos los que conocen algo de una universidad inglesa saben lo dispuestos que están los estudiantes a simpatizar con los perseguidos y oprimidos, y a ponerse del lado de la minoría.

Fue durante la residencia de Gurnall en Cambridge cuando el Dr. Ward, uno de los representantes de la Iglesia de Inglaterra en el Sínodo de Dort, hizo la siguiente descripción insatisfactoria del estado de la Universidad, en una carta al arzobispo Usher, fechada en 1634. Dice: "Es posible que usted quiera oír hablar de los asuntos de nuestra Universidad. Puedo decir sinceramente que nunca los conocí en peores condiciones desde que fui miembro de ella, lo que fue hace casi cuarenta y seis años".

Fue durante la residencia de Gurnall en Cambridge cuando se dictó la infame sentencia contra Prynne, Bastwick y Burton en el Tribunal de la Cámara Estelar. Por publicar ciertos supuestos libelos contra la Iglesia de Inglaterra, estos desafortunados hombres fueron condenados a permanecer en la picota y a que se les cortaran las orejas públicamente. La sentencia se ejecutó el 30 de junio de 1637 en Palace Yard. Bastwick era médico y había estudiado en el Emmanuel College.

Podemos imaginar fácilmente la sensación que su castigo causaría entre los muros de su antiguo colegio.

Fue durante la residencia de Gurnall en Cambridge cuando se produjeron los famosos disturbios en Escocia, a raíz del intento del arzobispo Laud de introducir en las iglesias de Edimburgo la tristemente célebre liturgia escocesa, con su oficio de comunión papista. Es en ese momento cuando se da el conocido disturbio de la iglesia de San Giles, cuando una mujer celosa llamada Jenny Geddes arrojó un taburete a la cabeza del obispo de Edimburgo, esto, tuvo lugar el domingo 23 de julio de 1637.

Fue durante la residencia de Gurnall en Cambridge cuando John Hampden inició la desgraciada lucha entre el Rey y sus súbditos al negarse a pagar los impuestos. La decisión del presidente del Tribunal Supremo se dictó en su contra el 9 de junio de 1637.

Menciono estos hechos y fechas para dar al lector una idea de la época en que Gurnall desarrolló su carrera universitaria. No podemos dudar de que su carácter y sus opiniones debieron de estar fuertemente influidos por ellos. Nadie podía estar en Cambridge de 1632 a 1639 sin ver y oír cosas que dejarían una marca en su memoria de por vida, y sin encontrarse con una corriente de opiniones encontradas que recordaría hasta el día de su muerte. Sin duda, Gurnall conoció a algunos de los mejores ejemplares de los teólogos puritanos. Sin duda también vio en el corazón de un puritano lo suficiente como para hacerle sentir que no todos los puritanos eran hombres perfectos. Me atrevo a conjeturar que su vida posterior estuvo muy influida por el recuerdo de lo que vio en Emmanuel, Cambridge.

Los cinco años de la vida de Gurnall inmediatamente después de dejar Cambridge, en 1639, constituyen un periodo de su historia del que no parece saberse nada. Debo confesar honestamente que puedo arrojar poca luz sobre él, y sólo puedo ofrecer conjeturas y suposiciones. Desaparece de nuestra atención al dejar Emmanuel, en 1639. No vuelve a aparecer hasta que es nombrado rector de Lavenham, en 1644. Pero no sabemos con certeza cómo, dónde, de qué manera y con qué cargo oficial pasó el intervalo de cinco años.

Sería difícil nombrar cinco años de la historia inglesa en los que ocurrieran tantos acontecimientos importantes como entre 1639 y 1644. En esos cinco años comenzó a reunirse el famoso Parlamento Largo, se convocó la no menos famosa Asamblea de Westminster, Lord Strafford fue decapitado, el arzobispo Laud encarcelado y se abolieron los Tribunales de la Alta Comisión y el de la Cámara Estelar. En esos cinco años estalló la guerra civil entre el Rey y el Parlamento, se izó el estandarte en Nottingham, se libraron las batallas de Edgehill, Newbury y Marston Moor, y Hampden, Pym y Lord Falkland fueron enterrados. Por último, pero no por ello menos importante, los partidarios del bando del Parlamento suscribieron la "Liga y

Pacto Solemnes", en la que, entre otras cosas, se comprometían a "esforzarse por extirpar el Papismo y la Prelatura, es decir, el gobierno de la Iglesia por arzobispos, obispos, sus cancilleres y comisarios, decanos y capítulos, archidiaconos y todos los demás funcionarios eclesiásticos dependientes de esa jerarquía".

¿Y qué estuvo haciendo Gurnall todos estos cinco años? No podemos decirlo. Tal vez se quedaba tranquilamente con sus amigos en Lynn. Tal vez estaba escuchando y aprendiendo lo que podía en Londres. Tal vez estaba aprovechando su educación universitaria como tutor de alguna familia noble o rica, como hacían muchos jóvenes teólogos en aquella época. Al fin y al cabo, son conjeturas vanas. Sólo sabemos dos cosas sobre él. Uno es que debió ser ordenado en algún momento entre 1639 y 1644. El otro es que debió predicar en Sudbury durante ese período. Este último punto queda claro por sus propias palabras, en una carta dirigida a Sir Symond D'Ewes, en la que habla de que la gente de Sudbury puso dificultades a su traslado a Lavenham.

El tema de la entrada de Gurnall en el ministerio está envuelto en una completa oscuridad. No hay ningún punto de su historia personal del que sepamos tan poco. Cuándo fue ordenado, dónde fue ordenado, para qué cura de almas fue ordenado, por quién fue ordenado, si fue ordenado por primera vez por ordenación episcopal o presbiteriana, son cosas sobre las que estamos completamente a oscuras. Después de una buena cantidad de búsqueda e investigación problemática sobre el tema, debo confesar honestamente que no pude averiguar nada al respecto. Sólo he descubierto, gracias a la amabilidad del actual obispo de Norwich y del difunto obispo de Ely, que su nombre no aparece en los registros de ordenación de Norwich y Ely entre 1639 y 1644. Es posible, por supuesto, que fuera ordenado por el obispo de alguna otra diócesis, aunque incluso entonces es seguro que sólo fuera ordenado diácono. Pero es mucho más probable que entrara en el ministerio sin recibir ninguna orden episcopal. Lo más probable es que fuera apartado para la obra como ministro presbiteriano, por "la imposición de las manos del presbiterio".

No estoy dispuesto a hacer perder el tiempo al lector entrando en ninguna discusión sobre los méritos comparativos de las órdenes episcopales y presbiterianas, aunque, por supuesto, tengo mis propias opiniones como episcopal concienzudo. Sólo me atrevo a comentar que no tenemos derecho a inferir nada sobre las opiniones de Gurnall acerca del episcopado, por su falta de órdenes episcopales. Debemos recordar los tiempos peculiares en los que entró en el ministerio. Probablemente no le quedaba otra alternativa. Debía haber sido ordenado por ordenación presbiteriana o no haber sido ordenado en absoluto.

La pura verdad es que los tiempos en que Gurnall entró en el ministerio eran tiempos de desorden y confusión. Era un período de transición. Todo lo que se había establecido en la Iglesia y el Estado se estaba desmoronando. Eran tiempos extraños

y en ellos sucedían cosas extrañas. Es de esperar que hubiera todo tipo de irregularidades y diversidad de prácticas en torno a la ordenación.

El Obispo Hall, en su famoso relato de sí mismo, llamado "Su Dura Medida", hace la siguiente declaración, que merece más atención porque era Obispo de Norwich, y Lavenham estaba entonces en su diócesis. Él dice: "Después de que el Pacto fue designado para ser tomado (26 de septiembre de 1643), y fue generalmente tragado tanto por el clero como por los laicos, mi poder de ordenación fue con cierta violencia restringido. Porque cuando yo seguía mi curso habitual, que ninguna ley u ordenanza había impedido, ciertos voluntarios de la ciudad, agrupados, incitaron al alcalde, a los concejales y a los alguaciles (de Norwich) a pedirme cuentas por una violación abierta de su Pacto.

"Con este propósito, varios de ellos vinieron a mi puerta a una hora muy intempestiva, y golpeando con mucha vehemencia, exigieron hablar con el Obispo. Se les enviaron mensajes para conocer sus motivos; nada les satisfaría salvo la presencia del Obispo. Por fin bajé y les pregunté de qué se trataba; querían que les abriera la puerta y entonces me lo dirían. Respondí que primero los conocería mejor; si tenían algo que decirme, estaba dispuesto a escucharlos. Me dijeron que tenían un escrito para mí del alcalde y de algunos otros de sus magistrados. El escrito contenía una acusación contra mí por haber roto el Pacto al ordenar ministros, y además me pedían que les diera los nombres de los que yo había ordenado, tanto entonces como anteriormente, después del Pacto. Mi respuesta fue que el Alcalde había sido abusado en gran medida por quienes le habían informado mal y le habían sacado ese papel; que al día siguiente daría una respuesta completa al escrito. Propusieron que mi respuesta fuera mi comparecencia personal en el ayuntamiento. Les pregunté cuándo habían oído que un obispo de Norwich compareciera ante un alcalde. Conocía mi propio lugar, y tomaría el modo de respuesta que me pareciera adecuado, y así los despedí a ellos, que habían dicho ese día, que si hubieran sabido antes de mi ordenación, me habrían sacado a mí y a aquellos a quienes ordené de la capilla por las orejas" (Obras de Hall, vol. i., p. 54. Edición de P. Hall).

Añadamos a este curioso testimonio el siguiente pasaje de Neal, el conocido historiador de los puritanos. Dice: "Desde el momento de la toma del Pacto (28 de septiembre de 1643), podemos datar la disolución total de la jerarquía, aunque todavía no había sido abolida por una ordenanza del Parlamento. No había tribunales eclesiásticos, ni visitaciones, ni se vestían los hábitos, ni se prestaban atención a los cánones o ceremonias, ni siquiera a la Oración Común". Dice inmediatamente después: "Cuando se reunió la Asamblea de Divinos, todo el culto eclesiástico pasó por sus manos. Las parroquias eligieron a sus ministros. La Asamblea los examinó y y aprobó, y el Parlamento los confirmó en sus beneficios sin tener en cuenta al arzobispo o a su vicario. Así, el conde de Manchester llenaba los púlpitos vacantes en los condados asociados" (Historia de Neal, vol. iii. pp. 79, 80. Edición de Toulmin).

Después de leer estos pasajes podemos entender por qué no hay constancia de la ordenación de Gurnall como diácono en los registros de Norwich o Ely. Comenzó su ministerio en la diócesis de Norwich, y era habitante de uno de los distritos más puritanos de los siete "condados asociados". No sabemos si deseaba o no la ordenación episcopal, aunque no debemos olvidar su posterior ordenación por el obispo Reynolds, en un periodo posterior de su ministerio. Pero es muy probable que en el momento en que comenzó su ministerio no hubiera podido recibir la ordenación episcopal aunque lo hubiera deseado.

El asunto, después de todo, no es de importancia primordial. El derecho divino del episcopado, con exclusión de todas las demás formas de gobierno de la Iglesia, y la necesidad absoluta de la ordenación episcopal para hacer un correcto ministro de Cristo, son posiciones que no pueden establecerse a partir de las Escrituras. El Artículo 23 de la Iglesia de Inglaterra ha mostrado una sabia moderación en el tratamiento de toda la cuestión. Dice: "No es lícito que nadie asuma el oficio de predicar públicamente o de ministrar los sacramentos en la congregación antes de haber sido legalmente llamado y enviado a ejercerlo". Pero el artículo evita cuidadosamente definir con demasiada precisión lo que son órdenes válidas. Continúa: "Y a estos debemos juzgarlos legalmente escogidos y llamados a esa obra por los hombres que tienen autoridad pública, concedida en a la Congregación, para llamar y enviar Ministros a la Viña del Señor". Esta, no necesitamos dudarlo, era la posición de Gurnall. Probablemente no recibió la ordenación episcopal al entrar en el ministerio, y lo más probable es que no hubiera podido obtenerla. Pero que fue "legalmente llamado y enviado a la viña del Señor" no tenemos por qué dudarlo, aunque con toda probabilidad fue sólo "por imposición de manos del Presbiterio".

Llegamos ahora al acontecimiento más importante en la vida de Gurnall, y el que le fijó en un lugar durante los treinta y cinco años restantes de su vida. Ese acontecimiento fue su nombramiento como ministro de la parroquia de Lavenham, en Suffolk. Esto, al parecer, sucedió hacia el mes de diciembre de 1644, cuando tenía veintiocho años.

El nombramiento de Gurnall fue un tanto singular y curiosamente ilustrativo de los tiempos extraños y problemáticos en los que tuvo lugar. Sir Symond D'Ewes, el famoso anticuario, era mecenas de la vivienda de Lavenham y principal propietario de la parroquia. Al parecer, cedió la vivienda a Gurnall a petición de los feligreses, y el nombramiento fue ratificado por orden de la Cámara de los Comunes.

La orden de la Cámara de los Comunes es un documento tan peculiar que me atrevo a transcribirlo íntegro y completo, tal y como lo presenta M'Keon, a partir de un extracto de las Actas de la Cámara, que le proporcionó el Secretario de las Actas.

"16º- Decembris, 1644, 20 Car. 1. Lavenham \ Considerando que la iglesia de Lavenham, en la Rectoría del condado de Suffolk, ha quedado vacía por el

fallecimiento de Ambrose Coppinger, Doctor en Divinidad, y que Sir Symond D'Ewes, patrono de dicha Iglesia, ha conferido el patrocinio de la misma a William Gurnall, Maestro en Artes, un divino erudito, piadoso y ortodoxo: Se ordena por la Cámara de los Comunes que el mencionado William Gurnall sea, y continúe siendo, Rector y Titular de la misma Iglesia durante el término de su vida natural, y tenga, reciba y disfrute de todos los diezmos, como otros Rectores y Titulares de la misma Iglesia antes que él han tenido, recibido y disfrutado. Siempre y cuando el mismo William Gurnall pague todas las primicias y diezmos a su Majestad, como es establecido por las leyes de este reino, y como sea debido según sea requerido" (Vol. iii. p. 725).

Un lector atento no puede dejar de notar algunos puntos divertidos en este documento. Se declara y permite el derecho de Sir Symond D'Ewes a presentar, iy sin embargo la presentación debe ser ratificada por orden de la Cámara de los Comunes! Las cualificaciones de Gurnall se exponen a grandes rasgos. La Cámara lo declara "erudito, piadoso y ortodoxo". Se menciona cuidadosamente el nombre del Rey (aunque el Parlamento estaba en guerra abierta con él) y se inserta una disposición para el pago de las primicias a su Majestad. El nombre, el cargo y la autoridad del obispo de Norwich, en cuya diócesis estaba Lavenham, se ignoran tan completamente como si nunca hubieran existido. Verdaderamente podemos decir que Gurnall vivió en tiempos extraños.

No sabemos qué cadena de circunstancias providenciales condujo a Gurnall a una ciudad en el extremo suroeste de Suffolk, después de dejar Cambridge. Por qué el buen hombre se presentó en Sudbury y Lavenham, cinco años después de dejar Emmanuel, es un punto que debe dejarse a la conjetura. No sabemos nada con certeza. Sin embargo, no es indigno de mención que un tal James Gurnall vivía en Lavenham en 1644, y que tenía una hija bautizada allí el 4 de septiembre de ese año. No es en absoluto improbable, como sugiere M'Keon, que este James Gurnall fuera pariente de los Gurnall de Lynn, y que esta relación fuera la causa de que William Gurnall visitara Lavenham y se hiciera conocido en la vecindad. También es digno de mención que Henry Coppinger, que murió como rector de Lavenham en 1622 y fue el padre del predecesor de Gurnall, Ambrose Coppinger, estaba relacionado por matrimonio con el pueblo natal de Gurnall, Lynn. En un monumento erigido a su memoria en la iglesia de Lavenham se dice que se casó con Ann, hija de Henry Fisher, de Lynn, en Norfolk. Lynn no era un lugar tan grande como para que las familias de Gurnall y de Sr. Coppingei no se conocieran entre sí, y ésta puede haber sido otra de las causas por las que se estableció en Lavenham. Estas son, por supuesto, sólo conjeturas, pero creo que vale la pena mencionarlas y hay que tomarlas por lo que valen.

No tenemos forma de saber cómo conoció Gurnall a Sir Symond D'Ewes, y si fue nombrado por él para la rectoría de Lavenham por motivos públicos o privados. Una declaración, citada por M'Keon de un manuscrito en el Herald's College, por el Sr. Appleton, sobre Suffolk, es manifiestamente un error. Dice que Sir Symond D'Ewes

"cedió libremente y de muy buena gana la rectoría de Lavenham al Sr. William Gurnall, ahora titular de la misma, aunque para él entonces desconocido, esto a petición de la parroquia, lo que ha beneficiado mucho a la ciudad en muchos aspectos". Appleton estaba claramente mal informado aquí. Existe una correspondencia en los Harleian MSS. entre Gurnall y Sir Symond D'Ewes, cuya primera carta está fechada en marzo de 1644. Además, Sir Symond fue elegido diputado por Sudbury en 1640 y residía en la parroquia de Lavenham, por lo que no podía dejar de saber algo sobre Gurnall.

La correspondencia entre Gurnall y Sir Symond D'Ewes, a la que se ha hecho referencia, es una curiosidad a su manera. Consta de ocho cartas en latín, compuestas en el estilo clásico más aprobado y que demuestran que Gurnall era un erudito en latín bastante bueno. A juzgar por el estándar de los tiempos modernos, el contenido de estas cartas no es muy digno de admiración. Hay en ellas un tono de obsequiosidad y adulación que a nuestros ojos parece muy indigno de un cristiano, y muy distinto de lo que habríamos esperado de un puritano. Pero es justo recordar la moda de la época de Gurnall. Las dedicatorias y cartas a los hombres públicos en el siglo XVII estaban a menudo llenas de lenguaje altisonante y cumplidos hiperbólicos. Era tan común escribir en ese tono como lo es para nosotros firmar "su obediente servidor". Las palabras no significaban nada y sólo se utilizaban porque era costumbre hacerlo. Si Gurnall no hubiera escrito sus cartas en latín a Sir Symond D'Ewes en un estilo muy florido, extravagante y elogioso, probablemente se le habría considerado un hombre analfabeto y sin pulir.

Quizá resulte interesante algún relato del contenido de estas ocho cartas. Arrojan un poco de luz, en cualquier caso, sobre la presentación de Gurnall a Lavenham; y si conociéramos el significado de las alusiones que contienen, entenderíamos mucho mejor que ahora la historia de su asentamiento en el lugar con el que su nombre está inseparablemente unido.

La primera carta está fechada en Lavenham, el 26 de marzo de 1644. Es una petición en nombre de un hombre que había sido herido al servicio del Estado y que parece haber sido el portador de la carta. Contiene algunas observaciones generales sobre el descrédito que se arroja sobre la religión cuando se descuida a los soldados heridos, y sobre el deber de proporcionarles una manutención cómoda. Aparte de esto, no hay nada digno de mención.

La segunda carta está fechada el 24 de julio de 1644. Está endosada "al Muy Digno Sir Symond D'Ewes, en su alojamiento en Margaret's, Westminster". No se indica el lugar desde el que está escrita. En esta carta se menciona por primera vez el tema del nombramiento de Gurnall para Lavenham. Parece haber habido alguna dificultad sobre el asunto, que a esta distancia en el tiempo no podemos, por supuesto, explicar. La carta fue escrita evidentemente mientras la dificultad estaba



pendiente. Contiene el siguiente pasaje, que doy en la traducción de M'Keon en su totalidad: -

"He recibido su carta sin más aliento que cariño, y la habría contestado inmediatamente, de no haber sido llamado a Norfolk por asuntos públicos. A mi regreso me prometí algunos motivos seguros para responder. Pero, ¡ay!, el nudo que dejé por desatar me pareció aún más perplejo y enredado, de modo que me pareció, como el barco de San Pablo, que había "caído en un lugar donde se encontraban dos mares". Mientras mi mente está fija en Lavenham, amenaza tormenta en Sudbury, que me acusa de haber sido atraído por un cebo de oro. Pero si rechazara esta Providencia que me tienden tus manos, podría parecer, no injustamente, desobediente a Dios e ingrato contigo que me la ofreces. En semejante tormenta, un hábil piloto (me refiero a Salomón) me sugirió: "En la multitud de consejeros está la sabiduría". De muy buena gana, por lo tanto, sometí la audiencia y la determinación de toda la causa a ciertos ministros de mi vecindad. Si he de morir, desearía que fuera en manos de los médicos más hábiles; si he de errar, desearía que fuera entre los hombres más famosos por su erudición y piedad. Dentro de poco espero terminar todo este asunto, y entonces volveré a escribir a su señoría".

Es una carta curiosa. A uno le gustaría saber cuál era el punto espinoso que Gurnall no podía desatar, y quiénes eran los "ciertos ministros" a los que consultó. Una cosa, en cualquier caso, ayuda a confirmar. Parece indicar que Gurnall fue ministro en Sudbury antes de ser rector de Lavenham. Sin embargo, es un hecho singular que en la actualidad ningún habitante de Sudbury, a quien me he dirigido, parece saber nada acerca de la conexión de Gurnall con la ciudad.

La tercera carta está fechada en Sudbury el 1 de septiembre de 1644. En la época en que fue escrita, era evidente que Gurnall ya había decidido vivir en Lavenham, aunque el nombramiento aún no se había completado. En medio de una cantidad de cumplidos verbales y efusivos, que sólo pueden excusarse por las costumbres de la época de Gurnall, vale la pena citar los siguientes párrafos: -

"Creo firmemente, veneradísimo, que la única felicidad que esperáis o deseáis en este sucio mundo es la de hacer el bien. En esta humilde y agradecida disposición, por lo tanto, podéis triunfar de que la numerosa población de Lavenham disfrute ahora bajo vuestra sombra del Evangelio" -

"Si Dios bendice mis escasas labores, cualesquiera que sean, cuantas puedan ser imbuídas de la luz divina, o abrigadas con su rocío, serán un consuelo, e incluso una corona para ti, bajo cuyo escudo lucho. Feliz en verdad, aún más y más, podríamos haber tenido la nación inglesa, que ahora vemos tan universalmente desgarrada por las guerras civiles, si con el mismo cuidado con que tú has trabajado, todos nuestros patronos se hubieran esforzado en la propagación del Evangelio. Pero, ¡ay!, muchos

hacen mercadería de las almas de otros mientras ponen en peligro las propias! Esto redundará para su gran honor. Ya que usted no se esfuerza menos que aquellos que lo hacen para vender el sacerdocio".

La posdata de esta carta es curiosa. Gurnall dice: "Casi había olvidado una cosa al final de su carta. Usted acaba de mencionar al Obispo. Aumentan mis dudas sobre la conveniencia de acudir a él, sobre todo desde que conozco las opiniones tanto del clero como del pueblo".

La cuarta carta está fechada en Lavenham, el 26 de octubre de 1644. Es una carta elogiosa escrita con ocasión de que Sir Symond D'Ewes regalara a Gurnall un ejemplar de una obra de anticuario que había publicado recientemente. No contiene ninguna alusión al tema de la vida de Lavenham, y no hay nada en ella que merezca la pena citar.

La quinta carta está fechada en Lavenham, el 21 de noviembre de 1644, y es una de las más importantes de toda la serie. Por lo tanto, la citaré íntegramente.

"Mi frágil barca, tras una difícil navegación, ha llegado sana y salva al puerto de Lavenham. No me queda ahora más que devolverle mi agradecimiento a usted, bajo cuya sombra disfruto de esta felicidad, e imbuir de sanos principios, y con paternal cuidado instruir, al numeroso pueblo que usted me ha confiado, particularmente en tiempos como estos, fermentados con muchos errores, siendo que, como la Roma de antaño, que tomó prestados dioses de todas partes del mundo, nosotros también tomamos prestados errores que ya han sido enterrados, y que, sin embargo, después de enterrados vuelven a revivir. Mi único consuelo en este mundo será ahora preservar, mediante la oración ferviente y continua, esta mi congregación, pura y sin mancha entre tantas corrupciones".

"Por su carta a Henry Coppinger, descubrí que algunas personas de Sudbury, en su audiencia, han dicho que algún nuevo acuerdo se había celebrado entre nosotros. Me pregunto de dónde ha salido esta fábula. No admito ni un átomo de ella. No es nada nuevo que el vino más dulce del amor degenera a veces en vinagre. Espero, sin embargo, que en poco tiempo mis amigos de Sudbury recuperen su antigua serenidad, aunque, como el mar agitado, se encuentren ahora en un estado de considerable agitación. Con respecto al Obispo, espero que encuentre alguna otra manera de instituirme, o bien que lo haga su muy honorable Cámara. Y todos los habitantes de Lavenham le felicitan humildemente, muy venerable, porque en este asunto no ha dejado piedra sin remover. "También deseamos fervientemente que el asunto pueda, si es posible, completarse en estos seis meses, que ahora se están agotando rápidamente. Con mucho gusto iría a Londres para que todo lo que queda por hacer pueda recibir el toque final. Que el gran y buen Dios derrame su bendición sobre ti y los tuyos, y que siga siendo tu sol y tu escudo. Así lo ruega encarecidamente su muy humilde servidor en Cristo, William GURNALL".

El asunto al que se refiere la carta sólo puede explicarse, por supuesto, mediante conjeturas. Ciertamente parece indicar que Gurnall fue una vez un ministro popular en Sudbury, y que su traslado a la rectoría de Lavenham no fue aprobado por la gente de Sudbury. Los seis meses mencionados se refieren probablemente a los seis meses inmediatamente posteriores a la muerte del último rector. Se desconoce la fecha exacta de la muerte de Coppinger, predecesor de Gurnall.

La sexta carta está fechada en Lavenham, el 6 de enero de 1645. De su contenido se desprende claramente que, cualesquiera que fuesen las dificultades que se opusieron a su nombramiento para Lavenham, ya habían sido superadas y, por fin, estaba en posesión del cargo. Dice: "Honorable Señor, he recibido la orden de su honorable Cámara en el momento más oportuno. Sólo gracias a vuestro cuidado y esfuerzo la he obtenido; y todos vuestros favores hacia mí se han completado con esta nueva prueba de vuestra bondad, que ha dado perfección al resto. ¿Qué es una presentación sin órdenes? ¿Qué son las órdenes sin institución? Sin embargo, has completado con éxito todas estas cosas, de modo que te debo mi agradecimiento, no sólo como patrono, sino como ordenador e instituyente, porque bajo sus auspicios todas estas cosas se han llevado a cabo. Bien sé cuánto de su tiempo está ocupado por los asuntos públicos, mientras que los arduos asuntos de la nación están bajo consideración, y también con qué infatigable trabajo usted persigue estudios más severos. El peso, por tanto, de vuestro favor es mucho mayor cuando vemos que, entre los asuntos de mayor importancia, todavía encontráis tiempo libre para atender estos asuntos nuestros, insignificantes en comparación, pero que, creo, por nuestra falta de habilidad, habrían sido una completa trampa para nosotros, si no hubiéramos sido rápidamente liberados de ellos por vuestra prudencia".

Sobre los asuntos a los que se refiere esta carta, no sabemos nada más de lo que nos cuenta Gurnall. Sus expresiones parecen ciertamente implicar que debía su ordenación, por las manos que fueran, al interés de Sir Symond D'Ewes.

La séptima carta está fechada en Lavenham, el 20 de marzo de 1647. No contiene nada que valga la pena citar, y está enteramente ocupada con lamentaciones sobre los tiempos problemáticos que la nación estaba atravesando, y palabras de devoto aliento a Sir Symond D'Ewes, cuya posición en el Parlamento probablemente no era muy fácil en este período.

La octava y última carta está fechada el 30 de octubre de 1648 y, evidentemente, fue escrita en respuesta a una orden de la Cámara de los Comunes, en la que se pedía a Gurnall que predicara ante la Cámara. Dice, entre otras cosas: "Su carta me llegó ayer cuando bajaba del púlpito, completamente fatigado; y hoy, habiendo terminado un sermón, estoy preparando otro para mañana. Por lo tanto, espero que disculpe la brevedad y el estilo poco pulido de mi respuesta. En cuanto al asunto que me menciona en su carta, de que he sido designado, por orden de la Cámara,

para predicar ante usted el próximo 29 de noviembre, es una carga demasiado pesada para mis hombros, especialmente en este momento, en que me oprimen tantas enfermedades que apenas puedo, sin peligro para mi salud, permanecer poco tiempo al aire libre. Mucho menos, por lo tanto, podría emprender un viaje tan largo en una estación tan invernal. Estoy persuadido de que los caballeros que han propuesto esto no conocen el estado destrozado de mi cuerpo, y apenas han considerado la distancia del lugar. Por lo tanto, muy humilde y seriamente, les ruego que, por su persuasión, que sé que no tiene parangón, y en esa honorable Cámara es de gran peso, esta carga pueda ser puesta sobre otros hombros; porque, bajo ella, en mi enfermizo estado de salud, debo necesariamente hundirme".

Esta carta es interesante por más de un motivo. Muestra la alta estima en que se tenía a Gurnall como predicador. Sólo se llamaba a predicar ante la Cámara de los Comunes a los sacerdotes más eminentes y dotados de la época. También muestra el débil estado de salud en el que se encontraba Gurnall en un periodo relativamente temprano de su ministerio en Lavenham. A este estado de salud quizá podamos atribuir la vida retirada que parece haber llevado y la poca información que poseemos sobre él.

Habiendo traído ahora a Gurnall al lugar donde vivió y ejerció su ministerio durante no menos de treinta y cinco años, alguna información sobre Lavenham será probablemente interesante para la mayoría de los lectores.

Lavenham es una pequeña ciudad en el extremo suroeste de Suffolk, situada en una parroquia rural de unos 2.800 acres, y que contiene en este momento alrededor de 1.800 personas. En tiempos de Gurnall pertenecía a la diócesis de Norwich. Actualmente pertenece a la diócesis de Ely. Antiguamente tenía un mercado y, antes de la invención de la máquina de vapor, era famosa por la fabricación de paño azul y sarga, para cuya mejor regulación se establecieron tres gremios o compañías: San Pedro, Santísima Trinidad y Corpus Christi. En la actualidad, sus manufacturas se han reducido a una sola fábrica de seda y ya no se celebra su mercado. La plaza del mercado, con una antigua cruz en el centro, sigue existiendo. Los De Veres, condes de Oxford, fueron antaño los principales propietarios de Lavenham, donde poseían un gran parque que abarcaba casi la mitad de la parroquia. En el reinado de Isabel, Eduardo, entonces conde de Oxford, vendió su propiedad en Lavenham, junto con el "derecho a presentar patrocinio" de la vivienda, a Paul D'Ewes, Esq., padre de Sir Symond D'Ewes, el mecenas de William Gurnall, y a esta venta, por lo tanto, debe remontarse la conexión de este buen hombre con Lavenham.

La vida a la que fue destinado Gurnall era, sin duda, muy valiosa. En la actualidad, los diezmos se conmutan por 850 libras al año y hay 140 acres de gleba vinculados a la rectoría. Teniendo en cuenta la diferencia en el valor del dinero hace doscientos años, el rector de Lavenham debe haber estado comparativamente muy bien. Es, sin embargo, un hecho curioso, registrado por Fuller en su "Historia de la

Iglesia", que en el año 1577 la vida de Lavenham se salvó por poco de ser reducida a la mitad de su valor, y sólo se salvó por la firmeza del rector. Vale la pena leer toda la transacción, ya que ilustra los desórdenes e irregularidades en asuntos eclesiásticos que los grandes laicos intentaron perpetrar con demasiada frecuencia en el siglo XVI, y lamentablemente con demasiada frecuencia con éxito.

Fuller dice: "En el año 1622, Henry Coppinger, antiguo miembro del St. John's College de Cambridge, prebendario de York, una vez capellán de Ambrose, conde de Warwick (cuyo sermón fúnebre predicó), nombrado maestro del Magdalene College, Cambridge, por mandato de su Majestad, aunque después renunció a su derecho a petición de la Reina (¿debo llamarlo así?), para evitar problemas, puso fin a su vida religiosa. Era el sexto hijo de Henry Coppinger, Esq., de Buxhall, en Suffolk, de Agnes, hija de Sir Thomas Jermyn. Su padre, en su lecho de muerte, le preguntó qué vida quería seguir, a lo que respondió que quería ser divino. Me gusta", dijo el anciano caballero, "pero ¿qué le diré a Martín Lutero cuando lo vea en el cielo y sepa que Dios me dio once hijos y no hice ministro a ninguno de ellos? Expresión bastante proporcionada al juicio de Lutero, quien sostenía, algunas horas antes de su muerte, que los santos en el cielo conversarán a sabiendas unos con otros.

"Lavenham, que merecía un buen ministro, por ser una rica parroquia, y necesitaba uno, ya que se sospechaba que el Dr. Reynolds, último titular, que huyó a Roma, había dejado tras de sí cierta levadura supersticiosa. El conde de Oxford, que era el patrón, presentó al Sr. Coppinger, pero añadió que no pagaría ningún diezmo de su parque, que era casi la mitad de la tierra de la parroquia. Coppinger deseó renunciar de nuevo a su señoría, antes que traicionar los derechos de la Iglesia con tan pecaminosa gratitud". "Bueno", dijo el conde, "si eres de esa opinión, entonces toma los diezmos; desprecio que mi propiedad se engrose con bienes de la Iglesia". Sin embargo, más tarde al Sr. Coppinger le costó mil seiscientas libras mantener su cuestionado derecho y recuperar su derecho retenido, en pleito con el agente del siguiente conde menor de Oxford y otros; todo lo cual dejó a la tranquila posesión de su iglesia, siendo celoso en la causa de Dios, pero negligente en la suya propia.

"Vivió cuarenta y cinco años como doloroso párroco en Lavenham, en cuya ciudad hay alrededor de novecientos comulgantes, entre los cuales, durante todo su tiempo, no surgió ninguna diferencia que él no solucionara. Tenía una mano generosa y una bolsa abundante (su herencia paterna por la muerte de sus hermanos mayores y otras transacciones recayeron sobre él), legando veinte libras en dinero y diez libras anuales a los pobres de la parroquia; en el presbiterio de la misma yace enterrado bajo un bello monumento, muriendo el día de Santo Tomás, a los sesenta y dos años de su edad".

El pleito al que se refiere Fuller parece, en cualquier caso, no haber impedido que Henry Coppinger fuera sucedido por su hijo Ambrose como rector de Lavenham, a cuya muerte Gurnall fue nombrado para vivir. El Henry Coppinger al que se refiere Gurnall en una de sus cartas a Sir Symond D'Ewes era, sin duda, miembro de la familia del predecesor de Gurnall y descendiente del rector cuya firmeza preservó la mitad de los diezmos de Lavenham del vergonzoso intento del conde de Oxford de privar de ellos a los vivos.

La iglesia parroquial de Lavenham, en la que Gurnall predicó durante treinta y cinco años, debe poseer naturalmente mucho interés a los ojos de todos los verdaderos admiradores de sus obras. El púlpito en el que el buen hombre predicó la esencia de "El cristiano con armadura completa" ya no existe. Pero la estructura de la iglesia es, con toda probabilidad, exactamente la misma que hace doscientos años.

La iglesia de Lavenham es uno de los edificios eclesiásticos más bellos y hermosos del condado de Suffolk. "Se encuentra en el extremo oeste de la ciudad y fue erigida en el lugar que ocupaba la antigua iglesia en la segunda mitad del siglo XVI, principalmente a expensas del conde de Oxford y de la acaudalada familia de Spring, cuyas armas pueden verse en muchas partes del edificio. Su estilo es el último de la arquitectura inglesa decorada, y está construida con piedra franca, curiosamente ornamentada con pedernal, un material comúnmente utilizado en las iglesias de Suffolk, debido a la escasez de piedra. Mide 156 pies de largo y 68 de ancho. La torre, de singular belleza, mide 141 pies de altura y 42 de diámetro, y contiene un excelente repique de ocho campanas, de las cuales la tenor pesa 23 quintales, y fue fundida en 1625. En el interior, el techo está ricamente tallado, y se encuentran dos bancos, que pertenecieron a los condes de Oxford y Springs, aunque algo deteriorados en la actualidad, son ejemplos muy acabados de obra gótica, en el elaborado estilo de la capilla de Enrique VII en Westminster. En las ventanas hay restos considerables de vidrieras antiguas, y el pórtico es de arquitectura muy ornamental, adornado con escudos de armas". El relato anterior se ha extraído principalmente de la "Historia de Suffolk" de White, y no tengo motivos para dudar de la exactitud de los detalles que contiene. En la actualidad no cabe duda de que Lavenham es un lugar mucho menos importante de lo que era hace doscientos años. El condado en el que se encuentra ya no ocupa la posición que antaño ocupaba entre los condados de Inglaterra. Sin minas ni manufacturas, ni grandes ciudades portuarias, los condados del este han permanecido inmóviles en prosperidad material, mientras que el resto de Inglaterra ha avanzado. Las ciudades aldeanas, de las que Suffolk está densamente salpicado, se encuentran casi todas en un estado decadente o estacionario. La antigua gloria de lugares como Eye, Framlingham, Bungay, Orford, Southwold, Dunwicz, Aldeburgh, Hadleigh, Bideston, Needham, Stradbroke y Debenham, ha pasado a mejor vida. Lavenham ha compartido el destino de estos lugares. Ahora no es más que una tranquila aldea en un distrito

agrícola, notable sólo por su hermosa iglesia y sus numerosas y antiguas instituciones de beneficencia.

Los treinta y cinco años durante los cuales Gurnall vivió en Lavenham, y ocupó el púlpito de la antigua iglesia parroquial, fueron años llenos de conmovedores incidentes en la historia inglesa. El derrocamiento final del partido del Rey en las guerras de la Mancomunidad, la decapitación de Carlos I., el establecimiento del Protectorado, la muerte de Oliver Cromwell, la restauración de los Estuardo en el trono, la aprobación de la Ley de Uniformidad, la expulsión de dos mil ministros de la Iglesia de Inglaterra que siguió a dicha Ley, y la persecución intolerante de todos los no conformistas que deshonró a este país durante muchos años después de la aprobación de la Ley, son acontecimientos con los que todo estudiante de historia inglesa está familiarizado. No tenemos forma de saber qué pensaba Gurnall de la mayoría de ellos. No podemos decir qué parte tomó, si es que tomó alguna, y cómo actuó en medio de las convulsiones políticas y eclesiásticas que distrajeron al país. Con toda probabilidad, su salud le impidió salir con frecuencia de su casa o hacer mucho fuera de su parroquia. Sea cual fuere la causa, me veo obligado a confesar que los hechos registrados sobre los últimos treinta y cinco años de su vida son extremadamente escasos.

Es ciertamente algo notable que durante el período del ministerio de Gurnall en Lavenham, es decir, entre 1644 y 1679, algunos de los mejores y más santos divinos puritanos vivieran en un momento u otro a menos de veinte millas de la casa de Gurnall en Lavenham. Daré sus nombres.

El famoso John Owen, cuyo nombre es familiar a todo lector de teología inglesa pura, comenzó su ministerio en Fordham y Coggeshall, en Essex, y sólo abandonó este último lugar cuando Cromwell le nombró decano de Christ Church y vicescanciller de Oxford, en 1650, seis años después de que Gurnall se convirtiera en rector de Lavenham.

Stephen Marshall, uno de los teólogos más célebres de la Asamblea de Westminster y personaje destacado en los tiempos de la Mancomunidad, fue ministro de Wethersfield y Finchingfield, en Essex, poco antes de que Gurnall llegara a Lavenham, y pasó los dos últimos años de su vida en Ipswich, donde murió en 1655.

Matthew Newcomen, otro eminente miembro de la Asamblea de Westminster, y asistente de Arrowsmith y Tuckney en la redacción del conocido Catecismo de la Asamblea, fue Vicario de Dedham en Essex, después de que el famoso John Rogers fuera expulsado en 1629, hasta el momento de su propia expulsión por el Acta de Uniformidad, en 1662.

Thomas Young, otro distinguido miembro de la Asamblea de Westminster y tutor de Milton, fue vicario de Stowmarket, en Suffolk, durante los treinta años anteriores a 1643, cuando se convirtió en párroco de una iglesia en Duke's Place, Londres. Después, tras ser expulsado en 1650, se retiró a Stowmarket, donde murió en 1655. Fue uno de los cinco autores de la famosa obra polémica titulada "Smectymnuus", que causó un gran revuelo en la primera mitad del siglo XVII. Se llamaba así por las iniciales de los nombres de sus cinco autores: Stephen Marshall, Edmund Calamy, Thomas Young, Matthew Newcomen y William Spurstow. De estos cinco hombres, recordemos, no menos de tres murieron a pocas horas de Gurnall. Sería fácil añadir otros grandes nombres a esta lista, como los de Daniel Rogers, que murió en Wethersfield en 1652; Blackerby, que murió en Great Thurlow en 1648; Fairclough, que fue expulsado de Kedington en 1662, y fue sucedido por Tillotson; y Owen Stockton, que fue expulsado de St. Andrew's, Colchester, en 1662.

Junto a estos buenos hombres, hubo algunos menos conocidos, como William Sparrow de Halstead en Essex, John Fairfax de Barking en Suffolk, Matthias Candler de Coddensham en Suffolk, Samuel Spring de Creeting St. Mary en Suffolk, Stephen Scanderet de Haverhill en Suffolk, Tobias Leg de Hemingstone en Suffolk, Brunning y Stonham de Ipswich, Storer de Stowmarket, - todos los cuales fueron eminentes ministros puritanos, y fueron expulsados en 1662. Sus historias se encuentran en "Nonconformists' Memorial" de Calamy. Todos estos hombres, repito, vivieron a menos de veinte millas de Gurnall, y debieron entrar en contacto con él ocasionalmente.

Sería muy interesante saber si Gurnall tenía mucha comunicación con estos buenos hombres. Mi impresión personal es que no. La mala salud, con toda probabilidad, le mantuvo mucho tiempo en casa. Pero sospecho que esto no era todo. Me inclino a pensar que Gurnall era un hombre de temperamento retraído y cauto, y naturalmente poco inclinado a frecuentar la sociedad. Sobre todo, me inclino a pensar que le gustaban la Iglesia Episcopal y el Libro de Oración más que a muchos de sus vecinos, y que, naturalmente, se alejaba de una estrecha intimidad con ellos. Sin embargo, todo esto no son más que conjeturas, por lo que pasaré a los únicos hechos que quedan por contar sobre la historia de Gurnall.

En 1645, el año siguiente a su nombramiento para Lavenham, Gurnall se casó con Sarah Mott, hija del reverendo Thomas Mott, vicario de Stoke-by-Nayland. De esta mujer, que le sobrevivió algunos años, tuvo diez hijos, ocho de los cuales vivían a su muerte.

En el año 1662, cuando no menos de dos mil ministros fueron expulsados de la Iglesia de Inglaterra por el Acta de Uniformidad, Gurnall firmó la declaración requerida por el Acta, el 20 de agosto, fue ordenado Sacerdote por el Obispo de Norwich, el conocido Obispo Reynolds, el 21 de agosto, y pasó por las formas de institución Episcopal a Lavenham en la presentación de Thomas Bowes, de Bromley



Hall, en Essex, una conexión de la familia D'Ewes, el 22 de agosto. La proximidad de estas tres fechas es muy notable. El resultado fue que, mientras muchos de sus hermanos puritanos renunciaban a sus preferencias, él conservó su cargo de rector de Lavenham hasta su muerte.

Esta parte de la historia de Gurnall exige, sin duda, alguna consideración.

A primera vista, es innegable que tiene algo de curioso. Que un ministro con al menos dieciocho años de antigüedad se sometiera a recibir las órdenes sacerdotales de manos de un obispo, que un predicador de sentimientos notoriamente puritanos se quedara quieto y mantuviera su conexión con la Iglesia de Inglaterra, mientras casi todos sus hermanos puritanos a su alrededor se separaban, en todo esto hay algo extraño. Que realmente fue así es tan cierto como posible, un facsímil de su suscripción, que he obtenido del Registro de Norwich, pone el asunto fuera de toda duda. Es un documento doblemente interesante, ya que contiene la única muestra que conozco de la letra de Gurnall.

Podemos suponer que la conformidad de Gurnall le acarreó un gran oprobio y reproche. En el año 1665 se publicó un ataque difamatorio contra él, citado por el obispo Kennett, que contiene el siguiente pasaje. "Tampoco el Sr. Gurnall está solo en estas horribles profanaciones, odiosas a la Palabra de Dios y a sus santos, sino que está rodeado de una nube de testigos, incluso en el mismo condado donde él vive, hombres del mismo orden del sacerdocio anticristiano y hermanos en la misma iniquidad que él".

Podemos creer fácilmente que se causó a sí mismo mucho dolor e incomodidad por su conformidad. El padre de su propia esposa, el Sr. Mott, de Stoke-by-Nayland, fue uno de los dos mil que abandonaron la Iglesia de Inglaterra por motivos de conciencia. Sobre todo, el valor de su vida en Lavenham, y el gran tamaño de la familia que dependía de él, seguramente haría que los hombres tuvieran sospechas sobre lo que hizo, y cuestionaran la sinceridad de sus motivos.

Pero, después de todo, queda por considerar el punto: ¿Hizo Gurnall algo inconsistente con su carácter de ministro de Cristo? ¿Hubo algo abstractamente erróneo en su conformidad? ¿Había algo en los antecedentes de su historia que le hiciera vil o deshonroso conservar su puesto en Lavenham, suscribir la declaración del Acta de Uniformidad, asentir a la liturgia y someterse a recibir las órdenes sacerdotales de manos del obispo Reynolds? Sobre estos puntos tengo algo que decir.

Aclararé el camino diciendo que desapruuebo completamente el Acta de Uniformidad, aunque personalmente no tengo problemas con sus requisitos. Para mostrar mi propio sentimiento al respecto, sólo necesito remitir a mis lectores a un

largo pasaje de mi biografía de Baxter en este volumen, en el que el Acta de Uniformidad es claramente condenada.

Pero aunque protesto contra el Acta de Uniformidad como una medida injusta, imprudente, impolítica, antiestatal y dura, no admito ni por un momento que ningún buen hombre pueda someterse a sus requisitos. Por el contrario, puedo entender perfectamente que muchos ministros santos y fieles hicieran como Gurnall y actuaran como él actuó. Argumentarían que no podemos tener todo a nuestro gusto en este mundo de abajo, que el camino de la paciencia es mejor que el camino de la secesión, que no hay nada abstractamente malo en las formas de oración, que es mejor soportar algunas cosas que no nos gustan en una Iglesia, que desperdiciar oportunidades de utilidad, que era mejor aceptar el Libro de Oración con todos sus defectos, esto mientras los Treinta y Nueve Artículos fueran sólidos y no estuvieran dañados, no se les podía obligar a predicar una doctrina poco sólida, y que mientras se les permitiera predicar una doctrina sólida, no debían rechazar la oportunidad, sino predicar y permanecer junto a sus rebaños. Todo esto puedo concebir que un buen hombre se lo dijera a sí mismo. No puedo pretender decir si Gurnall razonó de esta manera. Pero creo que podría haberlo hecho.

La pura verdad es que, antes de que nadie condene a Gurnall por someterse al Acta de Uniformidad, debería, en justicia común, recordar los tiempos y circunstancias en los que Gurnall accedió por primera vez al ministerio. Se convirtió en ministro del Evangelio en un periodo de la historia inglesa en el que era imposible obtener la ordenación episcopal y el uso del Libro de Oración estaba casi prohibido. No me cabe duda de que estaba en lo cierto al aceptar la posición de las cosas que encontró a su alrededor. La imposición de las manos episcopales no es absolutamente necesaria para una ordenación válida. El uso de la liturgia de la Iglesia de Inglaterra no es esencial para ser una Iglesia. En el momento en que Gurnall accedió al ministerio no podía tener ni el episcopado ni el libro de oraciones, y accedió al ministerio sin ellos. Que otros digan lo que quieran, no creo que se equivocara. Es mejor que el Evangelio se predique sin Obispos, sin Libro de Oración, que no tener ninguna predicación en absoluto.

Pero, después de todo, no hay la menor prueba de que Gurnall tuviera alguna objeción de conciencia al episcopado o a la liturgia de la Iglesia de Inglaterra. Por todo lo que podemos descubrir, nunca se había comprometido a condenarlas de tal manera que fuera inconsistente aprobarlas y adoptarlas. ¿Qué derecho tenemos, entonces, a criticarlo porque se sometió a los requisitos del Acta de 1662? Fue ordenado sacerdote por el obispo Reynolds, porque no podía ser titular en la diócesis sin las órdenes sacerdotales. Pero, ¿quién puede decir que no habría recibido con gusto las órdenes episcopales veinte años antes, si hubiera sido posible obtenerlas? Declaró su asentimiento y consentimiento a todas las cosas contenidas en el Libro de Oración. Pero, ¿quién puede decir que no habría hecho lo mismo en cualquier momento de su vida? Nunca había sido miembro de la Asamblea de Westminster,

como muchos de los dos mil sacerdotes expulsados. Nunca se había mezclado en sus procedimientos públicos, discusiones y controversias como Owen, Newcomen, Baxter y muchos más. Había sido un predicador tranquilo y retirado en una parroquia rural, y realmente no hay prueba alguna de que el hecho de que mantuviera su puesto en Lavenham fuera incompatible con algo de su vida anterior.

Una circunstancia más no debe ser olvidada en la formación de nuestra estimación de la conducta de Gurnall en esta crisis de su vida. El Obispo en cuya diócesis vivía, y en cuyas manos aceptó la reordenación, era el Obispo Reynolds, él mismo puritano en doctrina, y notoriamente el hombre más suave e indulgente en el banco episcopal al tratar con clérigos escrupulosos. No podemos dudar de que un hombre como Reynolds haría todo lo posible por satisfacer los escrúpulos de Gurnall, si es que los tenía. No podemos dudar de que pondría todo su empeño en mantener al mayor número posible de clérigos dentro de la Iglesia y evitar las secesiones. Confieso que tengo la fuerte sospecha de que esta circunstancia pesaba mucho en la mente de Gurnall. Pocos hombres pueden hacer más con amabilidad y menos con dureza, en el trato con los hombres, que los obispos. Si Gurnall tuvo alguna vez dudas sobre su permanencia en la Iglesia de Inglaterra en 1662, creo que es muy probable que el buen carácter de su obispo cambiara la balanza. En resumen, me atrevo a suponer que podría haber abandonado la rectoría de Lavenham y haber seguido a su suegro, Mr. Mott, en la secesión, si el ocupante del palacio de Norwich hubiera sido otro obispo diferente a Reynolds.

Dejo al lector el tema de la conducta de Gurnall en 1662. Es un tema sobre el que diferentes hombres tendrán diferentes opiniones, según el punto de vista que ocupen. En la actualidad, algunos tendrían una opinión más favorable de Gurnall si se hubiera negado a someterse al Acta de Uniformidad y hubiera salido con los famosos dos mil. Yo, y quizás muchos otros, le tenemos en mayor estima porque se mantuvo firme y no se separó. Probablemente nunca se decidirá en este mundo cuál de los dos tiene razón. Sólo deseo dejar constancia de mi propia opinión de que Gurnall fue probablemente tan valiente, concienzudo y de altos principios al decidir quedarse, como lo fueron cientos de sus dos mil hermanos expulsados al decidir marcharse. En movimientos como el de 1662, el partido que se separa no siempre tiene el monopolio de la gracia y el valor. No me cabe duda de que hubo muchos casos en los que demostró más valor someterse al Acta de Uniformidad que negarse a someterse, y en los que a un hombre le costó mucho más mantener su vida que abandonarla. No me extrañaría que la de Gurnall fuera una de ellas.

Gurnall murió el 12 de octubre de 1679 y fue enterrado en Lavenham, a los sesenta y tres años de edad. Como ya hemos visto, en sus cartas y en otros escritos hay pruebas internas de que siempre fue un hombre de salud débil. Pero no sabemos si murió repentinamente o de una larga enfermedad. Sin embargo, el hecho de que hiciera su testamento el día antes de morir apunta más bien a la conclusión de que había estado enfermo durante algún tiempo.

M'Keon, a cuya biografía de Gurnall me he referido con tanta frecuencia, ha conseguido una copia del testamento de Gurnall, que adjunto aquí, ya que puede interesar a muchos lectores. -

"En el nombre de Dios, Amén. El día once de octubre del año de Nuestro Señor mil seiscientos setenta y nueve, yo, William Gurnall de Lavenham, en el condado de Suffolk, secretario, débil de cuerpo, pero, gracias a Dios, de mente y memoria sanas, entrego mi alma en primer lugar en manos de Dios, mi Señor, Redentor y Salvador, y entregando mi cuerpo a la tierra, para ser enterrado a discreción de mi albacea, en cuanto a los bienes que Dios ha querido concederme, hago y ordeno, ésta, mi última voluntad y testamento como sigue: - Es decir, doy y decreto todas mis tierras y propiedades libres, con todas sus pertenencias, que se encuentran en Walpole o en cualquier otro lugar, en Monkland, en el condado de Norfolk, a Sarah, mi amada esposa y sus herederos, para que ella, la mencionada Sarah, las tenga para su propio uso, por y durante el tiempo de su vida natural, y después de su fallecimiento a alguno de mis hijos, como ella declarará en, y por su última voluntad y testamento. Y doy y decreto también todos mis bienes y enseres, deudores y propiedades personales, cualesquiera que sean, a la ya mencionada Sarah, mi amada esposa, tanto para su propia y cómoda subsistencia y mantenimiento, como para dotarla mejor para la crianza de mis hijos menores, así como en confianza y seguridad de que conservará y dispondrá del remanente y excedente de los mismos entre mis hijos, respetando las circunstancias de aquellos dentro de ellos que aún no han sido provistos, de la manera y en la proporción que a su discreción considere más adecuada y conveniente; Sólo decreto que si mi hijo John es un estudiante, ella le dará mis derechos becarios. Y por la presente nomino, constituyo y nombro a la mencionada Sarah, mi bien amada esposa, como única ejecutora de este mi testamento, que he mandado escribir y al que he puesto mi mano y sello, el día de gracia antes mencionado. Suscrito, sellado, publicado y declarado por la orden de William Gurnall, como su última voluntad y testamento, en presencia de nosotros, Thomas Mott, Bezaleel Peachie, John Pinchbeck".

El primero de estos tres testigos era muy probablemente el padre o hermano de la Sra. Gurnall. Ella era hija de Thomas Mott. El segundo era evidentemente el marido de su tercera hija, Catherine. El tercero era quizás el abogado que redactó el testamento. Los libros mencionados en el testamento son probablemente los mismos libros que el hijo de Gurnall, John, dejó después por testamento, en 1699, a su hermano Joseph y a su sobrino Leonard Shaftoe de Newcastle. Los libros ingleses se dejaron a Joseph Gurnall, y el "resto de los libros y manuscritos" a Leonard Shaftoe. Es probable que ahora estén esparcidos a los cuatro vientos, y dispersos, si no destruidos. El final al que llegan las bibliotecas de los hombres de bien es un tema melancólico. Pocas cosas son tan amadas por unos y tan despreciadas y descuidadas por otros como los libros, y especialmente los teológicos.

Se desconoce el lugar exacto en el que fue enterrado Gurnall. No podemos saber si sus huesos descansan en la iglesia o en el cementerio. Ninguna lápida o losa monumental señala el lugar de su enterramiento. Nada, por una causa u otra, parece haber sido erigido en su memoria. "La única nota sepulcral que se encuentra de él", dice M'Keon, "está en una losa de mármol negro en el presbiterio, que tiene esta inscripción: -.

"Aquí yace el cuerpo de Mary, difunta esposa del Sr. Henry Boughton, de esta parroquia, e hija del difunto reverendo Sr. Samuel Beachcroft, rector de Semer, y nieta del difunto reverendo Sr. William Gurnall, que fue rector de esta parroquia durante treinta y cinco años. Murió el 14 de octubre de 1741, a la edad de 78 años".

Bajo esta losa, en el presbiterio, hay un panteón que M'Keon conjetura que es el lugar de descanso de Gurnall, por el hecho de que la señora Boughton fue enterrada aquí en lugar de ser enterrada con la familia Boughton en el panteón familiar, cerca de la gran puerta sur. Sin embargo, es sólo una conjetura.

En la iglesia de Lavenham se predicó un sermón fúnebre en conmemoración de Gurnall, poco después de su muerte y de su funeral, por el conocido comentarista del Nuevo Testamento, Burkitt, que era entonces rector de Mildenhall, cerca de Lavenham. Todavía se conserva, y lleva el siguiente título: "El celo del pueblo provocado a una santa emulación por el ejemplo piadoso e instructivo de su Ministro muerto; como un recuerdo oportuno a los feligreses de Lavenham en Suffolk".

El sermón de Burkitt versó sobre Heb. 13. 7: "Acordaos de los que os gobiernan", etc. Fue predicado y publicado "a petición", y va precedido de una epístola dedicada "a mi honorable amiga, la señora Sarah Gurnall, la dolida viuda del señor William Gurnall, fallecido en Lavenham, y al resto de los afligidos habitantes de esa ciudad". Se trata de una composición respetable, aunque algo pintoresca y con un estilo bastante florido y altisonante. Pero es justo recordar que Burkitt era relativamente joven cuando la predicó, pues sólo tenía veintinueve años. Probablemente resultarán interesantes algunos extractos. Seleccionaré sólo aquellas partes que se refieren a Gurnall.

La epístola dedicatoria de Burkitt concluye con el siguiente pasaje: - "Informaros y convenceros de cuán altamente responsables sois ante Dios Todopoderoso, tanto por el largo disfrute de su ministerio, como para el feliz aprovechamiento de su ejemplo, es el honesto designio del siguiente sermón; y también dejar que esta época censora (en la que algunas personas están tan invadidas por la ictericia antiepiscopal, que sus ojos no pueden ver en un conformista más que lo que está descolorido y tiene un tinte diferente), entienda y sepa que tuvisteis por ministro a un conformista, que hizo amable la religión sólida, con una conversación en todo digna de ella; que con una piedad regular, una sobriedad estricta, una caridad católica y difusa, hacía que la religión fuera venerable para el mundo; alguien cuyo

tiempo, fuerza y partes estaban piadosamente dedicados a Dios y a su sagrado servicio.

"Moisés, observo, fue en un particular privilegiado por Dios sobre todas las otras personas santas. Sus almas (en común con la suya) al morir tienen ángeles por guías hacia las mansiones de la bienaventuranza y la gloria: pero él tuvo un ángel por sacristán, que enterró su cuerpo en un lugar desconocido, para que los israelitas no lo idolatrasen y adorasen supersticiosamente. No habría que temer en absoluto una adoración tan ofensiva por vuestra parte, si yo fuera capaz (como de hecho no lo soy) de traer a la vida las bellas efigies de vuestro ahora ausente ministro, que fue, como Moisés, fiel en toda la casa de Dios mientras vivió, y no diferente de él en su muerte: su alma mansa se deslizó de él en un vehículo fino e imperceptible; y murió como los judíos modernos nos dicen por tradición que Moisés lo hizo, *ad nutum Dei*, *et osculo oris ejus*, - a la llamada de Dios, y como si fuera con un beso de la boca de Dios. No hubo más entre Dios y ellos que esto: "Sube y muere".

"Para concluir, entonces, que todas vuestras prácticas aparezcan ante el mundo en un fiel cumplimiento de lo que fue verdaderamente imitable y digno de alabanza en él. Que el ejemplo vivo de vuestro difunto ministro se ejemplifique en la vida de vosotros, su pueblo. Que os vistáis diariamente según su cristal, y caminéis tras sus huellas piadosas y devotas. Que todos ustedes lo encuentren con asombrosa alegría, y lo contemplen también con indecible deleite y consuelo, en el día de su gran auditoría: esta es, y siempre será, la súplica sincera y afectuosa de su compasivo amigo y servidor, William Burkitt".

"Nosotros, el 10 de diciembre de 1679."

El sermón contiene las siguientes frases que vale la pena transcribir: "¡Qué encantadora era la práctica de la religión que os presentaba en su conversación diaria! Tan fuerte era la majestad de esa santidad que brillaba en él, que arrancaba la veneración de sus más violentos opositores; y tan convincente también que perforaba las mismas conciencias de sus enemigos, y los obligaba, a quienes sólo el prejuicio había convertido en sus enemigos, a reconocer tácitamente que Dios estaba en él de verdad" (p. 9, reimpresión de Baynes, 1829.).

Otra vez: "Estando muerto, todavía habla: sí, muerto tanto como vivo, todavía es vuestro predicador, su mortaja y ataúd son su púlpito - su tumba y lápida son su templo, y todavía os predica aunque yace en silencio ante vosotros y nunca pronuncia una palabra; quiero decir por su piadoso y muy instructivo ejemplo dejado entre vosotros, y por ese carácter justo y buena reputación que tan merecidamente ha obtenido entre vosotros" (pp. 10, 11.).

De nuevo: "Estoy seguro de que no contribuyó poco al apoyo del espíritu de vuestro Ministro moribundo, cuando tenía la muerte ante sí en una perspectiva

inmediata, el esperar con buenos fundamentos que él (como un hombre de buena voluntad) pudiera ser capaz de hacer frente a la muerte, esperar sobre buenas bases que él (como padre espiritual) dejaría muchos hijos detrás de él, para continuar la obra de Cristo en el mundo, cuando su cabeza fuera puesta entre la tierra" (p. 17.).

Las últimas cinco páginas del sermón están tan enteramente ocupadas con el carácter de Gurnall, que creo que es mejor darlas sin resumir:

"Deduzco de aquí, en último lugar, cuán grandes son vuestras obligaciones para con Dios Todopoderoso por el largo disfrute de ese modelo ejemplar de toda verdadera piedad y virtud (vuestro difunto Ministro, quiero decir), a quien (por vuestros pecados, me temo) os ha sido quitado últimamente. Mostrad ahora vuestra obediencia a Dios, vuestros respetos hacia él, vuestra bondad y caridad hacia vuestras propias almas, mediante un celoso y fiel cuidado de transcribir imparcialmente en vuestras propias vidas lo que fue verdaderamente imitable en la de vuestro Ministro. Y para no llevarlos más allá de los límites del texto, permítanme rogarles encarecidamente que cumplan cristianamente con un doble deber que aquí se les ordena.

I. Seguir su fe.

II. Imitar su conducta ejemplar.

I. Seguir su fe, y eso en un doble respecto, en la solidez de su fe y en la firmeza de su fe.

1. Seguidle en la solidez de su fe. La fe que él profesaba y enseñaba perseverantemente era aquella doctrina que es conforme a la piedad; aquella fe que tiene a Dios por su Autor inmediato y a la Escritura por su regla infalible, la fe que una vez fue entregada a los santos, que no es el resultado de la fantasía y la imaginación, sino el producto de un consejo eterno, que fue confirmado por los milagros y sellado con la sangre de un Salvador. En una palabra, esa fe que enseñaba con tanto celo tenía un fundamento seguro en las Sagradas Escrituras. Siempre que proponía alguna verdad que requería no sólo el asentimiento de vuestro entendimiento, sino también la obediencia y la adoración de vuestra fe, os mostraba constantemente el Canon de las Escrituras para su confirmación. Si alguien (que Dios no lo permita) apareciera después de él en este lugar, e intentara haceros prosélitos de otro Evangelio, o de cualquier nueva doctrina de fe ajena a las Escrituras, si pretendiera tener la autoridad de un ángel comisionado del cielo, que se le declare anatema.

2. Seguidle en la firmeza de su fe. Vivió y predicó hasta el día de su muerte la misma regla de fe que os expuso en su primera venida entre vosotros. Y esto me tomo la mayor libertad de afirmarlo, porque algunas personas no se han

avergonzado de decir públicamente al mundo que, desde su conformidad con la disciplina de la Iglesia, había apostatado y se había rebelado contra la fe que antes había profesado y enseñado. Pero estad todos seguros de que, en cuanto a los grandes fundamentos de la fe y la religión, siempre fue el mismo, y lo que os enseñó hasta su último aliento, no dudo de que estuvo dispuesto a confirmarlo y sellarlo con su sangre, incluso en las llamas más feroces del martirio, si Dios le hubiera llamado a esa ardiente prueba.

II. Imitar su conversación cristiana. Lo que quiero decir es que es vuestro deber ejemplificar esas gracias evangélicas y virtudes cristianas en vuestras vidas, que tan orientativamente brillaron en la suya. Propongo algunas: -

1. Su eminente humildad. Esta fue la vestidura que cubrió todos sus excelentes logros, aunque ciertamente su belleza se hizo más conspicua y amable al echar este velo sobre ella. Oh, iqué pensamientos tan mezquinos tenía de sí mismo! y no sólo estaba contento, sino también deseoso de que los demás también los tuvieran, ningún hombre expresó jamás un valor tan bajo de su valía y sus méritos como él mismo. Todo lo que en los demás era bueno, él lo admiraba como excelente, mientras que lo mismo o mejor en sí mismo lo despreciaba indignamente, sus ojos estaban llenos de sus propias deficiencias y de las perfecciones de los demás.

En una palabra, él era un hermoso valle, dulcemente plantado, bien regado, ricamente fructífero, imítenlo entonces en esto, y por una santa emulación estudien para superarlo en esta gracia que lo adorna; y para su ayuda en esto recuerden lo que escucharon de él en sus elaborados discursos entre ustedes sobre Fil. 2. 5: 'Que haya en vosotros, este sentir que hubo en Cristo Jesús,' – es decir, esta mente humilde.

2. Su extenso amor. Esta gracia se manifestó de diversas maneras.

(1) Su amor a Dios. Amó excesivamente a quien no es posible amar lo suficiente, teniendo tan alta y elevada aprehensión de las excelencias de su Hacedor, que le hizo juzgar que sus primeros y mejores afectos eran indignos de ser puestos en un objeto tan divino.

(2) Su amor al santo Jesús. Era éste un fuego tan divino y seráfico en su alma, que consumía maravillosamente su amor al mundo y a todas las comodidades sublunares. Vosotros sois testigos, y todos los que le conocieron, de cuán eminente medida y grado el mundo fue crucificado a él, y él al mundo por la cruz de Cristo.

(3) Su amor a las almas. Esto fue, sin duda, lo que le hizo tan infatigable tanto en su estudio como en el púlpito; de ahí que el trono de la gracia, su estudio, el púlpito y sus vecinos enfermos, tuvieran todo su tiempo dividido entre ellos y dedicado a ellos.



(4) Su ilimitado amor a todos los cristianos, aunque difirieran de él en sus sentimientos. Amaba a los cristianos por su cristianismo, y adoraba la imagen de su Salvador cuando la veía en alguno de sus miembros que desgraciadamente se perseguían unos a otros con duros nombres y caracteres de reproche. ¡Cuántas veces deploró y lamentó públicamente que la mayor medida de amor que se encuentra en la actualidad entre los profesantes de la cruz no fuera verdadero amor cristiano, sino sólo amor a un partido! Seguidle, pues, en el ejercicio imparcial de esta gracia, y para ayudaros en ello recordad lo que os enseñó en Efesios 5. 2: 'Y andad en amor, como también Cristo nos amó'; y ya que tenéis alguna consideración por el Autor de vuestra profesión, tened cuidado de que no cunda (ahora) entre vosotros un espíritu de división. Vuestra unidad es vuestra fuerza, así como vuestra belleza; persistid, por tanto, os lo ruego, en ese orden cristiano entre vosotros en el que fue su gran ambición todos sus días preservaros y manteneros. Oponeos oportunamente al astuto designio del sutil adversario de las almas, que aprovechará esta ocasión (si es posible), ahora que el padre espiritual está fuera del camino, para hacer apartar a los hijos juntos jalándolos de las orejas.

3. Su caridad difusiva. Sus limosnas eran tan exuberantes como su amor, la miseria y la necesidad, dondequiera que las encontraba, le hacían apreciar suficientemente sus objetos. No era de los que ocultan su rostro a los pobres, ni de los que satisfacen su conciencia con un solo ejercicio de caridad una vez al año, sino que cotidianamente la practicaba, evidenciándolo con emanaciones de generosidad diariamente. Sin embargo, aunque echó las semillas de su caridad en todo tipo de terreno, las sembró más densamente en el recinto de Dios, lo que quiero decir es que hizo el bien a todos, "pero especialmente a los que pertenecían a la familia de la fe". Haced de él en esto, y de su ejemplo, el modelo de vuestra imitación diaria; porque el mundo, que está encadenado y con el amor entremezclado, pronto se romperá y caerá en pedazos si la caridad falla y muere una vez; y para vuestra mejor ayuda en esto, recurrid a esos potentes argumentos para el ejercicio de este deber evangélico, que él os exhortó, desde ese mandato apostólico que encontramos en Heb. 13. 16: "Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios".